

Los CoNteM poRa nEoS

Agosto ya se acaba. Se des- hace en tormen- tas. Truenos, relámpagos, centellas. Un fi- nal wagneriano (En Bayreuth, la nuera de Wagner ha le- vantado un es- cándalo recor- dando su ad- miración por Adolfo Hitler. Hipócrita es- escándalo. Se sabía bien, se recuerda en los libros la histó- rica visita de Hitler a la casa

PURA Y SIMPLE DIVAGACION

de Wagner. Cuando se ignoran las realidades, se encuentra uno con ellas a la vuelta de cualquier esquina de agosto).

Tormentas y pequeñas cuchilladas de aire frío. Frío en rostro, y rostros pálidos. Rostros pálidos y pieles rojas: la película siempre termina igual. Puerta del otoño. Al otoño le llaman "el verano indio": los rostros pálidos están aquí ya en este verano indio, con sus Winchester. Los búfalos y los bisontes serán siempre suyos. Un otoño cálido, dicen, se avencia.

Adiós a las vacaciones. El español tiene siempre unas vacaciones febriles, histéricas. Como si cada año fuesen las últimas. El español corre y salta por montes y playas como un frenético; y trasnocha, y canta y baila. Ya tendrá tiempo, después, de reposar en la oficina.

O en Babia, o en las Batuecas. He buscado en algunas lenguas extranjeras la expresión correspondiente a estar en Babia o a vivir en las Batuecas —d o n d e Larra decía vivir— y no la encuentro. Debe ser una actitud nacional. Una especie de hibernación, o hibernación, que de ambas formas se dice: un letargo.

¡Qué descanso, la hibernación! Los osos, las lagartijas y algunos otros compañeros de vida zoológica lo han entendido bien, y comienzan a adormecerse en otoño para desper-

tar en la primavera de los prados verdes y jugosos. Algunos desesperados practican en clínicas de ricos la cura del sueño. Creen que cuando se despierten van a encontrarlo todo distinto. Y quizá lo encuentran distinto, como tras el doble salto mortal de la insulina o el electroshock. Pero no será más que una cues-

tión de neuronas. La realidad externa es siempre igual. Más, cuanto más parece cambiar (*Plus ça change, plus c'est égal*).

Pero no hay letargo entre los humanos. El otoño —el verano indio— ha comenzado. Es el tiempo de la cacería del hombre blanco. El hombre rojo, el piel roja, ya sabe que los búfalos y los bisontes no son suyos, y que no puede llevarlos a pastar a los verdes prados de las Batuecas o de Babia, porque el Winchester llega hasta allí. Y que de poco le servirá que, en el futuro, la joven Jane Fonda quiera reivindicarle y se ponga en la cabeza una cintita, recordando la de la "squaw". Ni que le evoquen Karl May o Zane Grey. No puede hibernarse, no puede alejarse hacia ese futuro que escribirán los demás.

Puede, apenas, meditar una divagación de otoño. Entrecortada por los relámpagos, musicada por "el redondo balón de las tormentas" que decía aquel piel roja, Antonio Machado. Que perdió, un día, el pasto donde llevar el rebaño de sus palabras. En el futuro estaba ya inscrito la celebración del centenario de su nacimiento, en la cual estamos. Me pregunto si le hubiese aliviado mucho cuando, envuelto en una manta, pasaba la frontera de Francia. O cuando agonizaba en un hotel de Collioure. ■

POZUELO



Sólo catorce años después de la inauguración del grupo 1 del barrio de San Blas sus habitantes ha tenido que ser desalojados. Los que todavía viven allí tienen miedo de que sus casas corran la suerte común.

el mejor piso en el menor tiempo posible. Y ganó una de las empresas fuertes de España... No me acuerdo ahora cómo se llama. Pues bueno, el piso que ganó fue el primero en caerse. Y con gente dentro, no crea... Y es que les damos igual, oiga. Aquí, cada uno a lo suyo. Los pisos estos que ahora se caen, nos los dieron de cualquier manera: nosotros tuvimos que terminarlos como aquel que dice. Y ahora se nos caen y nos tenemos que ir. Y no sabemos cuánto tiempo tardará en caerse los pisos nuevos adonde vamos.

Son, al parecer, doce bloques cerrados y apuntalados los previstos para su destrucción. Pero, como decía la señora de arriba, no se puede ahora destruir unos edificios que están junto a los que siguen habitados. Y si no se destruyen se caen, y si se caen, matan a alguien. Los cristales rotos, las escaleras rajadas, las puertas desvencijadas, dan idea de un terremoto con «sensurround». Desde lejos, las construcciones parecen lógicas; pero acercarse y ver esta extraña imagen de la muerte produce una sensación insoportable. No hay que insistir en el fenómeno. La contemplación del panorama de San Blas lleva inevitablemente a razonamientos demagógicos.

En algunos huecos junto a los edificios rajados aparecen peque-

ñas colonias de casas prefabricadas. «No; nosotros no tenemos nada que ver con estas casas que se caen. Somos del barrio de allá arriba. Que es que no pusieron bastantes vigas en las casas y a los que vivimos en los bajos nos han traído aquí mientras las ponen ahora. Estaremos unos meses nada más. Pero mire usted, la verdad es que ya no podemos vivir tranquilos. Sabemos que nuestras casas se caerán también, y no sabemos cuándo ni cómo, pero sabemos que por muchas vigas que pongan ahora se caerán, porque son casas malas, hechas de cualquier manera. Y vivimos asustados. Y que no hay derecho, oiga. Que no hay derecho a que los obreros no podamos tener unas casas en condiciones, que no se nos caigan, que podamos estar tranquilos. Ponga usted esto también: que somos obreros y que no tenemos dinero para irnos por ahí a pagar tres o cuatro mil pesetas de alquiler. Y que si nos dan estas casas, por lo menos que no se caigan. A mí ya me expropiaron de Ventas y me trajeron aquí. Pero de estas casas —que son chabolas, mire usted— nos llevarán ahora a la nuestra con las vigas nuevas, y la verdad es que no sé qué pensar. Yo veo que estos bloques de San Blas están en ruinas y tengo el corazón en un puño...» ■ DIEGO GALAN. Foto: LADISLAO.